

LOS HUESOS DE LA TIERRA

Sorprendidos por la pesadez y opacidad del mundo, atrapados por la gravedad a pesar de nuestro constante desafío, todo acaba revelando su peso ineludible y, sin embargo, todo lo sólido se desvanece en el aire.¹

Nada existe por separado ni desconectado de lo demás; la gran realidad de la vida lo abarca todo sin exclusión, libre en su movimiento pero absolutamente interdependiente. Cada piedra, cada planta, cada animal y cada persona somos meras formas de una sustancia común que, agitada por la emoción, es susceptible de transformarse en algo diferente.

Ovidio (43 a. C.-17 d. C.), ya en su día preocupado por el alma humana, parecía comprender bien cómo disolver esa pesadez y opacidad del mundo. *Los huesos de la Tierra* se inspira en un capítulo del libro I de las *Metamorfosis* en que Deucalión y Pirra, los dos únicos supervivientes del caos y la devastación causados por el gran Diluvio, acuden desolados al oráculo en busca de clemencia para el mundo ahora sumergido. La diosa Temis les pide que arrojen a su espalda los huesos de la gran madre, «y en poco tiempo, por voluntad de los dioses, las piedras arrojadas por las manos del varón cobraron aspecto varonil, y con las que arrojaba la mujer se rehizo la mujer».²

¹ Karl Marx, Manifiesto Comunista, «Todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.»

² Ovidio, *Metamorfosis*, Libro I, p. 85, versos 411, 412 y 413, Alianza Editorial, Madrid, 2015.

No hay cambio ni transformación significativos sin catarsis previa, y en ese trance lo sólido y concreto se sostiene por lo ligero e ingrávigo.

Volviendo a Ovidio, podría decir que hemos hecho como hizo Perseo para vencer la concreción pétreo con la que nos amenaza permanentemente la cabeza de Medusa.

Gracias a la delicadeza del gesto y del movimiento, en cada piedra, en cada pájaro, en los hilos que sostienen cada elemento, apoyándonos como hizo él en el viento y las nubes, como describe Italo Calvino en sus *Seis propuestas para el próximo milenio*,³ conseguimos liberarnos de esa pesadez y cada piedra parece convertirse en su contrario.

El sentimiento de lo pesado atrae a su opuesto, lo ligero, igual que el sentimiento de lo pasajero atrae a su opuesto, la permanencia. Por eso la plena conciencia de lo efímero es lo que mejor nos habla de eternidad.

Pamen Pereira

15 de octubre de 2017

³ Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Editorial Siruela, p. 16.